

Por Fernando de Los Ríos

El Sentido de la Actual
Descomposición Política del
Mundo



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

I. El renacimiento maniqueo: el dualismo esencial (1). II. El racionalismo político y el optimismo progresista. III. La revancha pesimista: poder frente a individuo. IV. El ocaso de una estructura internacional: el de las nacionalidades soberanas.



EL RACIONALISMO POLITICO Y EL OPORTUNISMO PROGRESISTA

Terminé mi anterior conferencia presentando el esquema de la interpretación grecolatina y bíblico-cristiana sobre la naturaleza humana. La primera definiendo la naturaleza por su carácter esencialmente racional y descubriendo una serie de dualismos en el mundo de la conciencia que representó el comienzo de la gran hazaña cultural del mundo occidental; a su vez, descubriendo una antinomia entre cuerpo y alma, la cual se expresaba como "prisión y prisionera".

La segunda interpretación, la bíblico-cristiana, considerando radical y esencialmente al hombre, más que por su carácter racional, por su carácter de sujeto creado por la Divinidad; hombre individual en quien incide Cristo, y por con-

(1) La versión que aquí ofrecemos del ciclo de disertaciones profesado en nuestra Escuela de Verano por Fernando de los Ríos es obra del cuerpo de taquigrafos de la Universidad de la Habana. Dificultades de última hora impidieron obtener una transcripción completa de la conferencia inicial, por cuya razón se ha optado por excluirla. Motivos insuperables han imposibilitado asimismo al autor la previa revisión del texto de las publicadas.

siguiente, destruyendo aquella dualidad que la civilización grecolatina cree haber descubierto, el dualismo de cuerpo y alma. Para la concepción cristiana ni el cuerpo representa el mal, ni el alma representa el bien; en unidad mal y bien surgen como consecuencia de lo que llama la esencia de la naturaleza humana, o sea, la libertad. Y, he aquí, la paradoja esencial e inicial: por la libertad, —dirá el cristianismo—, se hace posible el mal; por la libertad, —dirá el cristianismo—, se puede responsabilizar al individuo. Aparece, pues, la libertad, como la esencia de la naturaleza humana, definida ya en su unidad.

No sólo era el panorama de la concepción bíblico-cristiana el que yo presentaba ante ustedes como panorama esencial, sino, además, aquel otro gran descubrimiento de tipo psicológico que, sin duda alguna, es el punto de partida para la nueva concepción del hombre que ha dominado hasta hoy, y que hoy, evidentemente, está en crisis. La crisis se inicia en el siglo XV y XVI. Refiérome a aquel profundo descubrimiento sobre la dualidad íntima que en la conciencia existe por el desdoble de la conciencia, que es como una flor pubescente, sensible y vibratil que se escinde en dos y produce en el sujeto la posibilidad de que hable el sujeto consigo mismo; y de ahí palabras tan expresivas, fecundas, pluridimensionales, como ésta, que de continuo la madre invoca ante el hijo y el hombre ante sí mismo: "remordimiento"; es decir, que con frecuencia decimos que la conciencia se muerde a sí misma y eso es lo que la madre le dice al hijo: ¿No te remuerde la conciencia? ¿No muerde la conciencia de tu yo a la intimidad de tí mismo por lo que has hecho y dicho? Ese dualismo íntimo de la conciencia, del yo hablando consigo mismo, es una de las grandes aportaciones de la concepción cristiana del hombre.

Y, finalizábamos la conferencia, poniendo de manifiesto cómo la gran rebelión intelectual del Renacimiento ataca, desde la matemática hasta la teología, la síntesis cristiana medioeval. Es el momento del Renacimiento aquel en que se le dice al hombre: "Tu poder es infinito. No hay obstáculo que no pueda superar tu voluntad. No hay enigma que no pueda descifrar tu razón". El hombre se endiosa; y eso es lo que significa la palabra "entusiasmo", sentirse lleno de Dios al considerarse como asistido

por la Divinidad para el descubrimiento de la verdad; se endiosa, se entusiasma; y se entusiasma porque realmente las hazañas culturales del Renacimiento son la gran épica del intelecto; y en esa épica del intelecto Giordano Bruno se dirige a Copérnico y lo elogia, porque, antes de él —dice— veíamos el mundo por una ventana estrecha; después de Copérnico vemos la unidad del universo y la pluralidad de los mundos.

Todos ellos se dedican a publicar un tipo de literatura en que lo que se exalta es el valor del individuo, la potencia del individuo, la capacidad del individuo; y en eso continúa siendo el heredero del descubrimiento cristiano. En lo que no lo es, es en tratar de hacer creer al hombre en la infinitud de su poder, en la ilimitación de su capacidad; en una palabra, en no reconocer la autolimitación; pero aquel enorme vendaval pro el individuo, se llevó la brisa melancólica que trae la tragedia griega y la tragedia latina: en lugar de una brisa melancólica, hay una turbonada de optimismo, lleno de credulidad en la potencia individual; se abre un nuevo capítulo, el Renacimiento. Ese capítulo se está cerrando en nuestros días. ¿Por qué?

Creyó el racionalismo, en plenitud de triunfo durante el Renacimiento, que la razón podía embrigar la vida, embrigar y dirigir las pasiones como el calesero dirigía alegramente la ligera volanta; como una volanta iba a dirigir la vida... Y, en efecto de esta fe en el poder ilimitado de la razón, surge en el Renacimiento, singularmente en el siglo XVI y en los comienzos del siglo XVII, toda una literatura utopista. Es decir, como le dicen al hombre que todo lo que él piensa puede trasmutarlo al mundo de la realidad, se afina y depura el buril de su querer, porque es con la voluntad racionalizada como él puede, lo mismo que el alfarero, darle un modo y una forma al mundo.

Surgen libros de utopías en que se brindan formas exquisitas y perfectas de organización de la sociedad; y de tal suerte es honda y profunda la commoción de la época, que hay las utopías cristianas, como las de Tomás Moro y hay las utopías de tipo racionalista, como las de Bacon, o como una muy poco conocida, la de Joseph Ball, de fines del siglo XVI, que lleva por título "Mundus Alter Idem" (Un mundo distinto y el mismo), o como la de Campanella, o como la de Harrington, y en medio de todo ello se

aprecia, como rasgo que las iguala indistintamente, esta nota optimista: yo puedo convertir los sueños de mi razón en formas de realidad. Puesto que lo pienso, puede ser, ya que previamente he atribuído un poder ilimitado a mi querer y a mi razón para modelar la historia y modelar la vida.

Esto lleva consigo la afirmación de que es posible crear una sociedad justa, la que mejor corresponda a nuestros ideales; equivale a decirle a los hombres —y ésta era la palabra mágica que el Renacimiento de continuo esgrime—: la Edad de Oro no está en el pasado, la Edad de Oro está en el futuro, está delante de tí; tú puedes convertir en términos de realidad lo que es la suprema ambición humana; tú puedes lograr la redención individual y colectiva, organizando una sociedad justa; tú puedes lograr que el mundo llegue a ver realizada la verdadera epifanía, es decir, si tú logras conjugar, aunar, coordinar los instintos vitales que te llevan a apetecer un mundo perfecto con un querer racionalizado, entonces tú podrás crear esta sociedad perfecta.

La primera gran utopía que aparece es en 1515, la de aquella maravillosa figura de Tomás Moro; pero, la utopía de Tomás Moro no hubiera sido más que un libro entre tantos, un sueño brindado a los que tuvieran poder para organizar la sociedad, si no hubiera habido un obispo en México, en Michoacán, el primer obispo de Michoacán, el antiguo Oidor de la Cancillería de México, don Vasco de Quiroga, que el año de 1540 decidió poner en práctica la utopía de Tomás Moro. Y en Pátzcuaro, en la quietud imponentemente bella del lago de Pátzcuaro, donde no hay ni el trino de un pájaro, ni un ruido, sino una serenidad oceánica en días de calma; en aquella maravillosa zona de Pátzcuaro, don Vasco de Quiroga organiza como una realidad social —y él lo dice expresamente, de su puño y letra, en unas ordenanzas que dió para la sociedad que fundaba— la utopía de Tomás Moro, nada menos que con treinta mil indios. Yo me permito incitar a todos los interesados en los problemas históricos de política social, a que traten de leer, estudiar y meditar la documentación relativa a don Vasco de Quiroga que el año pasado, precisamente, fué publicada en México. Allí están las ordenanzas hechas por él y, observarán, por una parte, que aquello

no era sino el comienzo de las utopías cristianas representadas por todos los ensayos de misiones hechas por los españoles en América; y advertirán, por la otra, la paradoja, la contradicción esencial, la imposibilidad estricta que radica en la esencia de toda utopía: si ustedes fundan una sociedad que es la que consideran que es la que corresponde a la ilusión, la que corresponde a la justicia, la que pronuncia el fallo definitivo sobre cómo se deben organizar los hombres en la vida civil, por el sólo hecho de haber declarado eso, inmediatamente se convierte aquella sociedad en una sociedad quiescente, en una sociedad estática, porque ya no tiene sentido ninguna reforma; toda posibilidad está representada, precisamente, por la realización del ideal que la utopía simboliza y si la utopía trata de agotar la justicia, en la realidad, la utopía, desde entonces hasta hoy, "ipso facto" ata a los hombres, los inmoviliza e impide lo que es la esencia de la vida: la dinamicidad; es decir, que ya no tiene posibilidad de filtrarse por los entresijos de la realidad social, ni mis apetitos, ni mis ilusiones, ni mis experiencias, ni mis anhelos, ni mis deseos de una purificación más justa de la justicia relativa. Toda sociedad utópica, toda sociedad que pretenda ser la traducción de una utopía, toda sociedad que pretende ser un absoluto de justicia condena a la inmovilidad a aquella sociedad. Toda sociedad que pretenda ser una fórmula definitiva, estrangula la posibilidad de una superación de la fórmula relativa realizada, porque ya no tiene sentido hablar de otro destino. No hay destino superior de aquel que pretenda haber sido realizado; e insisto que desde 1540 hasta hoy, dondequiera que se pretenda haber realizado de una manera absoluta la justicia, los hombres se verán encadenados. Esa es la paradoja que encierra estos sueños de suma grandeza. Y quiero decir que no conozco, a través de la historia, nada que supere, ni en belleza moral, ni en perfección de realización, ni en comprensión de la pluralidad de actividades que al hombre se le puede exigir para el enriquecimiento de su individualidad, comparable con lo que hizo don Vasco de Quiroga en el sereno valle de Pátzcuaro, junto a aquel lago tan lleno de bellezas.

La vida, —oidlo bien jóvenes que me escucháis, porque es de la reacción psicológica de vosotros los jóvenes de donde puede surgir una rectificación a la actual marcha ca-

tastrófica del mundo— la vida es una corriente, no es un pantano; un permanente fluir, no un embalse; y siempre, siempre que ha tratado de represar la vida, a la postre se ha desbordado en términos catastróficos por todos aquellos que han tratado, incluso, de recomenzarla y de reemplazarla. No; el hombre siempre cree en un posible perfeccionamiento de aquello que vive, el hombre siempre cree en un plus de justicia susceptible de ser alcanzado; felizmente cree en él. El hombre, incluso cuando goza de una situación de relativa justicia, si él es incapaz de ponerse a tono con la justicia relativa de su ambiente, tiene la tendencia a atribuírsela, no a sí mismo, sino a este muro invisible constituido por el sistema de las circunstancias que nos envuelven.

Me van ustedes a permitir un recuerdo personal. Era yo un muchacho y estudiaba con don Rafael Salinas en Madrid. Asistía a su Cátedra de Criminología y en aquellos momentos fué él exaltado a la Dirección de la Cárcel Modelo de Madrid. Una noche ingresó en la Cárcel Modelo —sabíamos sus alumnos que iba a ingresar— uno de los criminales que habían conmovido más hondamente la conciencia española por la multitud de crímenes y por la barbarie con que el crimen había sido cometido; había un verdadero pánico en la Cárcel Modelo, porque ese hombre dondequiera que había ido había llevado el terror con su persona, y el siniestro con su persona y con sus acciones; y los discípulos más íntimos de don Rafael, quisimos acompañarlo aquella noche, porque al día siguiente iba a ser ajusticiado el criminal que estaba en la celda y queríamos aquella noche estar con don Rafael, por si algo, para nosotros imposible de prever acontecía y, allá, a la madrugada, vinieron los carceleros: se oía un ruido infernal en toda la Cárcel Modelo, estaba deshaciendo todo lo que había en la celda y tronaban los golpes que él daba contra la puerta de la celda; vinieron a ver a don Rafael y el Sr. Salinas se levantó. Dijo: "Yo voy a hablar con él". Los carceleros, asustados ante la posibilidad de que don Rafael entrara en la celda; nosotros, los tres discípulos más íntimos de él, íbamos tras don Rafael. Al llegar a la celda, descorre el cerrojo, abre, cierra tras él y se sienta y le dice: "Qué pasa, qué hay, qué quiere usted?....". Aquel hombre se sintió tan desarmado que su primera reacción

fué ésta: "Es que no tengo tabaco". Tome usted mi cajetilla, aquí está; vamos a fumar. El hombre coge el cigarrillo, lo enciende y como don Rafael, con un sentido humano le dijera: "Pero hombre, pero por qué hace usted eso; pero por qué ha llevado usted esa vida; pero qué le ha inducido a hacer esas cosas?" Aquel hombre que iba a ser ajusticiado a la mañana siguiente, aquel hombre que tenía una trayectoria negra de crímenes, realmente de dimensiones inabarcables por su残酷, se echa a llorar y le dice a don Rafael: "Ay Sr. Salinas, es que yo no he tenido nunca quien me dijera una palabra de cariño". Y lloró, y don Rafael se pasó horas allí, y nosotros de vez en cuando pegábamos el oído a la puerta de la celda y oíamos el sollozo y oímos las palabras de cariño de don Rafael. Cuando salió don Rafael él nos preguntaba y nosotros nos preguntábamos: ¿Realmente habrá sido todo el sistema de circunstancias en que ha estado envuelta la vida de ese hombre, lo que ha determinado su actitud? Para él, no había duda, él no se creía un culpable, él se creía la víctima de una falta de amor por la sociedad para con él.

El hombre tiene siempre, un fondo irrescatable humano y depende de nuestra capacidad e incapacidad el llegar a ese fondo insobornable, último, humano para poder extraer de él el hombre latente.

Pues bien, si con una sociedad, sólo relativamente justa, acontece eso, con una sociedad que se cree ilimitadamente justa no habrá modo de impedir que la fuente permanente de donde emanan los anhelos, esa fuente abierta en el cogollo de nuestro corazón de donde surgen anhelos infinitos de perfección, continúe manando vida, que es manar esperanza, manar anhelos de perfección y, si queréis, y evidentemente también, manando concupiscencias. No, las sociedades utópicas —insisto— contradicen la esencia limitada en su quehacer y limitada por el sistema de condiciones históricas en que nos movemos como un órgano histórico en que, en cada momento se desenvuelve nuestro quehacer; pero, si bien es siempre limitado nuestro poder, en cambio es indefinida la posibilidad de nuestro mejoramiento. Y esto me lleva precisamente al problema del racionalismo progresista.

En el año 1647 publicó Hobbes su libro **De Cive** y en 1651 su libro **El Leviathan**. Para él la vida social es una

parte de la naturaleza y es indispensable aplicar a la vida social el mismo método que se aplica a la naturaleza, a saber un método matemático. De aquí que él enuncie en estos términos el gran problema que se presenta a la política, a la ciencia política: "Qué suerte de gobierno ha de ser organizado de acuerdo con un método matemático y de modo que pueda ser controlado plenamente y con éxito la sociedad humana y el ser humano". Control pleno del ser humano, control pleno de la sociedad humana, de modo que se pueda asegurar el éxito de las medidas que se toman.

Como véis, esto entraña una concepción mecánica de la naturaleza humana a la que se cree posible dominar de una manera eficiente, controlarla de una manera evidente y asegurar el éxito, es decir, que dado una determinada ley se produzca un determinado efecto, que las reacciones psicológicas desaparezcan y no haya sino reacciones mecánicas.

Yo recuerdo y quiero citar a este respecto las palabras de uno de los grandes maestros de la filosofía contemporánea, el filósofo Dewey. "El tiempo —dice— cura las catástrofes físicas; pero puede acentuar los males de una catástrofe intelectual, pues ese nombre merece, y no menos, un error intelectual sistemático. Y, en efecto, el pesimismo psicológico de Hobbes, que parte del aserto de que el hombre naturalmente tiende a vivir conforme a la ley de la selva, como enemigo del hombre, como esencialmente hostil al hombre y como instigado fundamentalmente por el deseo de captar para sí todo lo posible y retenerlo en tanto que le sea dable". Como parte de este error psicológico en que se elimina toda emoción natural hacia el bien, concluye montando un aparato de Estado y fíjense ustedes por qué Hobbes, que fué desdeñado en su tiempo, es hoy uno de los pensadores más actuales y que mejor pueden explicar el drama de lo que está pasando, en que la ley es la palabra de aquél que por derecho manda a los otros; el Estado adquiere el carácter de una persona singular que absorbe el lugar de todos. "El Estado —dice él con palabras terribles— es un Dios mortal". **Non est potestas comparaten . . .** Es decir: "No hay sobre la tierra potestad que se pueda comparar con el Estado". Es un Dios mortal al que nosotros le debemos nuestra paz y nuestra de-

fensa. Un Dios mortal ante el cual se posterna la individualidad y desaparece la individualidad. La palabra del que manda es la ley, la obediencia no necesita ser obediencia voluntaria, tiene que ser forzada y mecánica, puesto que prácticamente ha sido asimilado previamente la naturaleza humana a una máquina susceptible de ser dominada por un método racional, por un método matemático.

¡Ya está en la arena la frase terrible y dramática: el Estado-Dios! ¡Ya está! Inglaterra lo rechaza. Lo rechaza —oidlo bien— en nombre de razones religiosas y políticas. En aquellos días, en 1651, en plena revolución inglesa, que es uno de los momentos más fecundos que ha tenido la historia del pensamiento filosófico-político, el gran poeta Milton dice esto otro, que a su vez os presenta el otro camino. "Reason is by choosing...." La razón no significa sino posibilidad de elegir; y allí donde la oportunidad para elegir es negada, la hombría es en sí misma deformada y destruída. En 1644, unos años antes, había escrito estas maravillosas palabras: "Lo que el gobierno ha de proponerse asegurar es la oportunidad para que cada hombre pueda realizar su propio bien". ¿Véis. Lo mismo, lo mismo que hoy aconteció entonces. Las guerras de religión estaban terminando. En 1648, al firmarse la paz de Westfalia, la revolución inglesa estaba en plenitud de clamor; y el alma de Hobbes por la misma razón psicológica de muchos otros que hoy están incidiendo en su error, creyendo que están hablando un lenguaje religioso sin darse cuenta que este lenguaje deforma y destruye la esencia cristiana del hombre individual.

Se habían apagado las Guerras de Religión; y Hobbes, que ve surgir el movimiento revolucionario en su patria, dice: "La primera ley fundamental tiene que ser el orden, no la justicia, ni el bien; la consecuencia inevitablemente será la misma, que nunca el orden de la justicia ha sido el orden de la quietud, sino que es el mundo en movimiento hacia una justicia siempre mejor; siempre que se pronuncie "Orden" como palabra que representa de una manera asertórica el principio condicionante de la organización social, eso quiere decir crear un sistema para inmovilizar a los hombres. Eso fué en Hobbes. Eso es siempre que se habla como forma primera: "orden a todo trance", es decir, quietud, cualquiera que sea la forma de obtenerla, no

serena y pacífica polémica a través de la cual se vaya depurando y desgranando el mundo de la verdad, esa panocha de infinitos grados, que nos ha tocado, como humanos saborear, a veces encontrando el sabor acerbo, otras veces encontrándolo, más que dulce, prometedor.

Frente a ese pesimismo racionalista de Hobbes, como consecuencia de la publicación en 1687 del libro en que Newton, muestra la nueva concepción del Universo, el optimismo racionalista se siente estimulado y todos dicen: De igual suerte que Newton ha descubierto las leyes de la gravitación del Universo, nuestro problema consiste en descubrir las leyes de la gravitación social, es decir, descubrir la verdad mecánica de la vida social; y eso en Quesnay, y eso en Turgot, y eso, en general, en toda aquella enorme y espléndida catártica racionalista del siglo XVIII. Es esto lo que les lleva a formular espléndidamente desenvuelto, primero en 1750, en el libro de Turgot, **Discursos sobre el Progreso Sucesivo del Espíritu Humano**; más tarde, en 1794, en el libro de Condorcet, **Esbozo de un Cuadro Histórico sobre el Progreso del Espíritu Humano**; la doctrina del progreso, diciendo: "No, hay cuidado. El progreso es inevitable. Está en la esencia de la naturaleza humana. Conocer es progresar". . . . Es de nuevo la fe en la razón y la fe en la ciencia llevada a términos ilimitados; en vano dos voces en la época de la Enciclopedia llaman la atención. Una es la voz de Montesquieu, que publicó en 1748 su gran libro sobre "**El Espíritu de las Leyes**" y en el que dice: "La libertad no ha de consistir en hacer lo que se quiere, sino en querer lo que se debe". La otra era la voz de Rousseau, diciendo: "No carattericéis al hombre por la razón. El hombre no tiene su centro de vida espiritual en la razón, sino en el corazón. El hombre es fundamentalmente caracterizable por el sentimiento".

Estas dos voces quedan en el aire pendientes de que venga otra época que sea capaz de absorberlas. Por lo pronto, estas dos voces no tienen eco. El racionalismo progresista elimina completamente la idea del mal. La idea del mal no aparece sino pura y exclusivamente por desconocimiento: conocer es hacerse bueno. Véis ahora cómo retorna la tesis griega, la tesis platónico-aristotélica y más bien

aristotélica que platónico-aristotélica: sólo el sabio es virtuoso.

El siglo XVIII se encuentra inclinado a decir lo mismo; en efecto, ¿qué dice, el párrafo primero de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano? "Considerando que la ignorancia y el olvido de los derechos inalienables es la causa de la desgracia humana": es decir, que si a los hombres se les recuerda cuáles son sus derechos innatos, inalienables, imprescriptibles, eternos, y, además, se le da educación de tipo científico, los hombres habrán de ser buenos.

¡Qué aspecto inocente tiene hoy para nosotros esa posición del siglo XVIII! Y, sin embargo, ¡con cuánta fe ellos se presentan con su bandera como heraldo de una promesa de felicidad!, ¡con qué fe la siguió la historia, con qué fe la siguió!.... Y durante todo el siglo XIX, aun fenecida la Revolución Francesa, el prestigio del racionalismo jurídico, del racionalismo político, del constitucionalismo, que es un fruto del racionalismo jurídico-político, no sólo no decrece, sino que aumenta; y a principios del siglo XIX se decía en la Constitución de Cádiz: "Los españoles habrán de ser justos y benéficos". Por un Decreto se consideraba que los españoles habrían de sentirse estimulados a ser justos y benévolos. ¡Qué prodigo de candor! Pero ¡qué maravilloso, qué emocionante es ver a una humanidad en un trance de credulidad de esa grandeza que les llevaba a dar vida y haciendas!....!

Ante un rasgo de esa naturaleza se requiere volver a adentrarnos dentro de nosotros mismos y analizar la grandeza de aquella fe intelectual promoviendo ese movimiento.

En la segunda mitad del siglo XIX la ciencia y la técnica hacen prodigios. Lo que se inicia a fines del siglo XVIII, o sea, la Revolución Industrial, alcanza en las postimerías del siglo XIX y en los comienzos del XX, una complejidad inusitada. La técnica llega a enamorar tanto al hombre que empieza el hombre a quedarse vacío de substancia espiritual y a no tener ojos ni oídos más que para lo que se llaman descubrimientos técnicos: mecánica, vida instrumental. Y así hemos llegado hoy a que la instrumentación de la vida es de tal naturaleza que al hombre lo ha sacado de dentro de sí mismo; ya no se conoce; ya no bus-

ca su intimidad, sino que busca todo lo externo que le pueda hacer la vida fácil y placentera; y esa técnica, que es un puro corolario de la mecánica, no sólo se ha adueñado del hombre, sino que lo ha roto. El hombre, hoy ha desaparecido completamente. De aquí que anteayer, cuando yo iniciara mi tesis os dijese que os iba a parecer que partía de la estratosfera, porque partía de la intimidad de nosotros mismos. Hoy apenas unos cuantos dialogan consigo mismos. De aquí la crisis actual.

Hemos pasado de un momento de culminación, de fe en la ciencia y fe en el racionalismo a un absoluto desvío de todo lo que representa razón, ciencia y disciplina intelectual; lo que era un antiguo amor se ha convertido en desamor y en desmayo y la crisis marcadamente está en la primera guerra mundial.

Voy a ilustrar esto con mi propia experiencia personal de estudiante en la Universidad de París en 1906, estudiante de la Universidad de Londres en 1907, estudiante en las Universidades alemanas en 1909 y 1910. Cuando en 1906, en aquellas magníficas discusiones que de continuo había en París en las llamadas Universidades Populares, se aducía un argumento, que no era exclusivamente positivista, como si fuera a tirarle a uno un ladrillo a la cabeza para dejarlo sin posibilidad de coordinación, se les decía: "Mais monsieur e'est faire de la metaphysique". . . . Eso es hacer metafísica. Y entonces aquello era ya el argumento Aquiles; aquel que se veía acusado de hacer metafísica no podía continuar, porque era el máximo de desprestigio que podía caer sobre la persona.

Mas he aquí que llega la post-guerra y entonces la expresión es esta: "Mais voayons estoé que omppeut se fier des theories detes scientifiques". . . . Pero veamos, ¿es que puede uno fiar de las teorías llamadas científicas? Esta era la actitud; y ahora he aquí un pasaje de Paul Valery, el gran escritor francés, en su maravilloso libro **Lettres sur la crise de l'espirit** publicado en 1919: "Sabemos ahora que las civilizaciones son mortales; habíamos oído hablar de mundos desaparecidos, de imperios hundidos súbitamente con todos sus hombres y sus artefactos, imperios que han descendido al fondo inexplorable de los siglos con sus dioses, sus leyes, sus ciudades, sus ciencias puras y aplicadas, sus hombres, sus clásicos, sus románticos; a través del

espesor de la historia vemos los fantasmas de inmensos navíos que fueron cargados de riquezas y de espíritu, pero esos naufragios, a la postre no afectaban a nuestra intimidad: Elam, Nínive, Babilonia, eran nombres vagos y la ruina total de esos mundos tenía tan escasa significación como la había tenido su propia existencia; pero, Francia, Inglaterra, Rusia, serían también bellos nombres y ahora vemos que el abismo de la historia es tan grande como para absorber y tragarse al mundo entero. Sentimos ahora que una civilización tiene la misma fragilidad que una vida y no son inconcebibles las circunstancias a virtud de las que las obras de Kitch y Baudelaire vayan a unirse con las obras del Menandio". En 1919 Paul Valery, una de las figuras más exquisitas del pensamiento moderno, ya ve el carácter huidero de las civilizaciones; ve que las culturas tienen los pies de arena y que se hunden, que se van y siente como su Francia se va deshaciendo; pero lo mismo podía decir, citando un pasaje de Guillermo Ferrero, el gran historiador italiano en su libro **Entre el Pasado y el Porvenir**, publicado en 1926. Lo mismo puedo leer y voy a leer un párrafo del famoso historiógrafo y psicopatólogo alemán Jaspers, en su libro **La Situación Espiritual de Nuestro Tiempo**, publicado en 1931; lo mismo podia decir invocando el libro del gran sociólogo Stodard **La Revuelta Contra la Civilización**, que llega a las mismas conclusiones que Jaspers: "Atravesamos —escribe éste en 1931— la crisis de la cultura occidental. No se cree en nada. Nada es estable. Todo es problemático. Se tiene el sentimiento de una ruptura definitiva con el pasado histórico. Todo lo que era sustancial e importante está reducido a nada. Aquella ilusión profunda ha traído una desilusión no menos profunda".

Una encuesta fué organizada en la **Revue de Deus Mondes**, en 1927 entre los jóvenes; la encuesta estaba hecha por André Domé, sobre el estado de espíritu de la juventud. Y contestan los jóvenes y hablan los jóvenes y el resultado es una hostilidad completa contra la lógica, contra la personalidad y una afirmación de que nada es cierto y todo es posible.

Pero un gran cuotidiano de París abre una información visitando a todos aquellos que cultivan las ciencias ocultas, quiromantes y todo género de ocultistas, los cuales

dicen que jamás ha atravesado la vida de ellos un período de mayor prosperidad. Es decir, desmayo en todo lo que tiene un carácter de tipo racional, racionalista o religioso; desmayo en toda fe que está bajo la advocación de un principio de ética pura. Y como los hombres necesitan inevitablemente, si no tienen una fe, buscar algo con apariencia de fe, helos aquí en camino del ocultismo, en camino de la quiromancia, en camino de la magia; y yo me pregunto: ¿es que esta desviación que apreciamos políticamente, esta tendencia marcada en grandes zonas de la sociedad hacia regímenes que, a su vez, invocan palabras que tienen mucho de gesto mágico y de palabra mágica, es una forma a virtud de la cual se prueba que el alma colectiva también va en una dirección ocultista? ¿Qué dicen esos magos?

En la próxima conferencia lo veremos.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

III

LA REVANCHA PESIMISTA: PODER FRENTE A INDIVIDUO

Concluía mi conferencia anterior poniendo de manifiesto, el “**crescendo**” optimista, individualista y racionalista que se inicia en el Renacimiento y ve sus últimas olas estrellarse en los momentos de la guerra mundial y contra los muros ideológicos que la guerra mundial hubo de representar.

Traté yo de hacer ver cómo, precisamente en los momentos inmediatos que siguen a la guerra, se abre la crisis de los valores universales del espíritu. Esa crisis está caracterizada por una crisis del racionalismo, del concepto de la razón, del racionalismo científico y de la ciencia y sociológicamente está caracterizado por la finalización de una etapa centrífuga en la historia que es, justamente, lo que, desde un punto de vista sociológico externo, caracteriza esos cuatro siglos que van desde comienzos del XVI o desde fines del siglo XV hasta el momento de la post-guerra. ¡Cuatro siglos y medio! Es la crisis de la concepción racionalista, debida al atribuir a esa concepción que prevaleció en esos siglos la causa de no haber llegado a la etapa de la plena redención, que el propio racionalismo creyó hacer posible.

En la juventud de los que la tuvimos antes de la guerra hemos visto marchar a Europa, hemos visto marchar a América a los acordes de la libertad, de la tolerancia y de la democracia. El acorde singular de la tolerancia representaba, representa y representará eternamente lo que, con acierto profundo definía el gran filósofo italiano Benedetto Croce como única forma de concordar lo discordante; y esa concordancia de lo discordante, gracias a la tolerancia, nos parecía que estaba ya convertida en sustancia y en carne del

espíritu histórico de todos los pueblos dominados por la civilización occidental. Nos parecía a los que habíamos tenido la fortuna de ver el espectáculo maravilloso de las calles de Glasgow o del Hyde Park, en Londres, o de vivir en Berlín, e incluso en Madrid; ni que decir tiene en New York, que es de suyo aun hoy, el símbolo de la tolerancia; nos parecía que ésta era ya tan consustancial a las formas históricas de nuestra cultura que no habría posibilidad de que desapareciera. Pero la guerra fué como para gran parte de Europa, y singularmente para los dos pueblos que simbolizaron la victoria y la derrota, para el vencedor y para el vencido, para Francia y para Alemania, las dos grandes naciones simbolizadoras del intelectualismo por esencia, la patria de Descartes, la patria de Kant, el momento de crisis psicológica tan profunda, tan grave, tan decisiva, que es ese tipo de crisis que llaman los psicólogos y psiquiatras una catarsis, esto es, una conmoción tan profunda que alguno de los resortes vitales de estos pueblos completamente saltaron.

Francia se la ve drenada por todo lo que simbolizan dos de sus grandes pensadores, uno del siglo XVI y otro del siglo XVII; se la ve minada y drenada y carcomida de continuo más y más conforme avanzan los años de la post-guerra, por Rabelais y Montaigne. Rabelais representa al “**la joie de vivre**”, como el valor supremo, es decir, una posición hedonista en que el placer y el goce sensual adquieren una preminencia y una revelancia de tal naturaleza que a todos los demás valores los pone en un plano secundario.

Montaigne, que había simbolizado en su tiempo y lo simboliza aun hoy, el fino escepticismo francés, aunado y desposado con la concepción hedonista de Rabelais, arruina el alma ideal de Francia, arruina su credulidad, arruina su fe. Y, por eso, cuando llega el momento supremo todos nos hemos sentido decepcionados. Esperábamos de Francia tener una continuidad en su proceso histórico; esperábamos de ella una manifestación de la emoción heroica en que inevitablemente toda moral debe consistir. Cuando falta la emoción heroica, la moral está arruinada; y, en efecto, no hubo sino un simulacro de lucha y el gladiador entrega su espada y hasta reitera ahora, con su complacencia un poco morbosa, que está vencido.

Es la época que inmediatamente después de la guerra se caracteriza por una expresión popular que va, no obstan-

te, desde arriba a abajo, desde las clases superiores a las clases más humildes. Aquellos de vosotros que hayáis visitado Francia, lo habréis oído de continuo: "**Je m'en fiche**"; y el **menfichismo** es la indiferencia; ¡qué más da!, ¡yo no le atribuyo a eso importancia! Ese "**menfichismo**", naturalmente, es un amor de duración permanente que va desangrando el espíritu de todo lo que constituye la savia de una fe, la savia de una creencia, la savia de una ilusión, la savia de un ideal; pero en la última década, tal vez los quince años últimos, todavía parece poco el "**Je m'en fiche**" y fué sustituido por una expresión más obscena, que por el respeto a mi auditorio no la repito; pero que aun daba más la manifestación externa del **morbus** interno que se estaba comiendo el tuétano ideal de aquel gran pueblo.

Alemania por su impulso vital, por su juventud biológica notoria, en lugar de no creer buscó un sustituto de credulidad, buscó una fe sustitutiva. Al principio fué la República de Weimar, uno de los ensayos históricos más nobles que se han hecho en la historia moderna; pero la República de Weimar nace cuando estaban en descomposición los ideales que ella simbolizaba; y allá, en las llanuras inmensas del Moskowa, en las zonas de la Caucasia y en los contrafuertes de los Urales, cuando Europa se estaba descomponiendo, surge una voz que simboliza una fe, una fe que logra imantar, arrastrar, llevar tras sí zonas enormes de las clases obreras y algunos elementos intelectuales. Fué un movimiento, el movimiento llamado bolchevique, que surge en Rusia y que había representado durante unos años, en el seno de la Internacional Socialista, un ala izquierda. Se trataba de una peculiar interpretación del marxismo, interpretación cuya peculiaridad consiste en haber sido una teoría de carácter voluntarista, que igualmente afirmaba como la edad procedente, con la diferencia que indicaré, que la voluntad del hombre era capaz de crear una sociedad ideal, y a instaurarla se dirigen sus creyentes. ¿Cómo? Aquí está la peculiaridad.

Primero: no creen en el individuo. Segundo: no creen en el pueblo como unidad. Tercero: sólo creen que puede ser artífice creador de esa sociedad ideal una minoría consciente que se convierta en definidora de la verdad. Esa minoría consciente, organizada en partido, define la verdad; no una entre varias, sino la única que va a ser autorizada

y cuya vida va a ser consentida en el interior de la comunidad. Esa nueva fe giraba sobre esto; pero, además, giraba sobre la concepción desde un punto de vista negativo de que la idea de la libertad era una idea burguesa y que no tenía sustancia ideal, ni sustancia lógica que la pudiera justificar históricamente; por eso, una vez que la minoría consciente del proletariado, se organizaba en partido, no tenía otra cosa que hacer que instaurar la igualdad económica entre los hombres, que es la esencia del programa comunista. Ahora bien, esa dictadura —y pido a mis oyentes que sigan el proceso dialéctico del desarrollo de la idea con atención—, esa dictadura —declaran— habrá de durar cuanto tiempo sea necesario para lograr trasvasar el ideal de la igualdad económica de la sociedad sin clases en la realidad; es decir, la etapa de transición será tan larga como lo sea el obstáculo que encuentre el Estado para instaurar el régimen de igualdad.

Yo fuí a Rusia el año 1920, teniendo el honor de representar a un ala del **Partido Socialista Obrero Español** que consideraba completamente equivocada la posición táctica de la organización rusa; tuve la oportunidad, no ya de ver, sino de hablar, de discutir largamente, muy larga y reiteradamente, con algunas de las figuras cuyo nombre quedará en la historia. Un día Bujarin, el niño mimado y el ojo derecho de Lenín en **aquej momento** —lo fué hasta su muerte, hasta la muerte de Lenín—, discutía conmigo tratando de justificarme el terror, tratando de justificar la posición dictatorial y su corolario terrorista, inevitable dondequiera que se organiza la dictadura y sea la que sea. Naturalmente yo le oponía mis razones y en uno de los momentos de nuestra lucha dialéctica, Bujarin hubo de decirme: "el terror necesita ser tan grande y tan extenso en el tiempo cuantos mayor y cuanto tiempo perdure la oposición". Y ¿qué es la oposición? "Toda disidencia pública". Bujarin —le dije— ojalá me equivoque; pero le veo a usted víctima de su propia tesis. El año 1937 era fusilado Bujarin.

Que todo el mundo piense muy serenamente respecto de la enunciación de una tesis ideológica que elimine tolerancia o que elimine libertad. Hablando con Lenín, él hubo de preguntarme: ¿Es verdad que usted piensa que este es un fenómeno asiático? Y él, que me había acogido con una noble cordialidad, a pesar de conocer perfectamente

mi posición, porque ya yo había informado oficialmente, cuando yo le contesté: Sí, es cierto; después de un estudio que creo bastante serio de la historia de Rusia y de haber seguido y meditado sobre el proceso de la Revolución Rusa y sobre sus teorías y tácticas, efectivamente he llegado a la conclusión de que se trata de un fenómeno asiático; pero filtrado por Bizancio. Bizancio sigue viviendo aquí. El se sonrió; y no discutimos más.

En efecto, yo creo que se trata de uno de los grandes ensayos de la historia; un ensayo histórico hecho sobre una serie de postulados psicológicos y culturales que son rusos; pero no son ni concuerdan con ninguno de los postulados culturales y psicólogos de la Europa occidental y de la civilización occidental.

Enorme influjo el ejercido por Rusia sobre zonas enormes de la conciencia colectiva en todas las partes del mundo, porque se trataba y se trata de una aspiración de la justicia social, que es uno de los eternos ideales que llevamos clavados en la entraña de nuestra conciencia y en la entraña de nuestras aspiraciones; enorme influjo de Alemania en Rusia. ¿Por dónde? . . . La organización que Walther Rathenau, el Ministro de Economía alemán, gran economista, gran pensador, gran filósofo, extraordinario publicista, dió a la economía de guerra alemana, fué el modelo inicial para la organización económica de la Revolución Rusa; pero, a su vez, la Revolución Rusa reflujo sobre Alemania y los **Betroijes** o Consejo de Trabajo, o Consejo de Industria alemán, era un intento de la Constitución de Weimar, de comenzar a traducir en una lengua occidental lo que en Rusia se estaba expresando.

Pero la libertad se ha ido desvaneciendo, porque se le atribuía a ella no sólo los males de la guerra, sino además su incapacidad para la realización del ideal pleno, del ideal de redención humana. Otros movimientos estaban gestando en Europa, movimientos surgidos exactamente del mismo mantillo psicológico, del mismo pesimismo respecto de las posibilidades del hombre-individuo y respecto de la organización científica para poder llegar a fórmulas redencionistas.

El año 1916 era Mussolini Director de **Il Popolo d'Italia**; y escribe, con motivo de haber fundado los fascios de acción revolucionaria en 1915: "Algo grande y nuevo pue-

de hacer este puñado de hombres que representan la herejía y tienen el valor de la herejía". Dicho sea de paso, en el régimen que él impugnaba, la herejía podía vivir; en el régimen que él crea, la herejía no tiene lugar. "Algo grande y nuevo puede hacer este puñado de hombres: hoy es la guerra, mañana será la revolución; la guerra es el horno en que se elabora la nueva aristocracia revolucionaria; nuestra intervención en la guerra es la intervención revolucionaria; nuestra intervención en la guerra es la intervención del subversivo revolucionario y anticonstitucional". Es el primer esbozo del fascismo. Subversivo, revolucionario, anticonstitucional; podían ser subversivos, revolucionarios y anticonstitucionales, gracias a la constitución. No. No creáis que es un juego de palabras. Es el drama. Es que ahí está el drama, el que se va extendiendo. No; meditad sobre esto: ¿dónde encuentra fundamentalmente sus fuerzas sociales, de dónde hace el drenaje para captar sus fuerzas al fascismo? Principalmente, terminada la guerra, que es cuando se engrosan los fascios, de la clase media. ¿Por qué? Porque la clase media quiere oponer una resistencia, como clase, a la organización obrera que en aquel entonces estaba tratando de asaltar las fábricas, y asaltándolas y organizando las fábricas como células de una posible y nueva organización social.

ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Avanzan los fascios; y en 1922—23 el fascio se adueña del poder. Su mito es la nación. El mito movilizado por Rusia es la dictadura de la clase obrera llevada a cabo por la minoría consciente para instaurar una sociedad sin clases. El mito movilizado por el fascismo es la nación. Pero, vamos a ver cómo Mussolini y cómo el filósofo del fascismo definen el fascismo en plena amplitud.

El fascismo, dice Mussolini en su librito **La Doctrina del Fascismo**, es una concepción de la vida, una concepción espiritualista y positiva. Es —óigase bien y meditad sobre ello— una concepción religiosa, es una concepción histórica en la que el hombre no es aquello que es, sino en función del proceso espiritual en el cual concurre. Para el fascista "Tutto en el Stato" (todo está en el Estado) y nada de lo humano y espiritual existe y mucho menos tiene valor fuera del Estado. En tal sentido, el fascismo (tutto en el Stato) es totalitario y el Estado fascista es la síntesis y unidad de todo querer, de todo valor e interpretación; desenvuelve

en potencia toda la vida del pueblo. El fascismo no cree en la posibilidad ni en la utilidad de la paz perpetua. Sólo la guerra lleva al máximo de tensión la energía humana e imprime un sello de nobleza a los pueblos que tienen la virtud de afrontarla. Todas las otras pruebas son meros sustitutivos que no ponen jamás al hombre frente a sí mismo, en la alternativa de la vida y de la muerte. Una doctrina que parte del postulado de la paz es radicalmente extraña al fascismo. Para el fascismo, el Estado es un absoluto ante el cual individuo o grupo no tienen sino un valor relativo.

Ahora comprenderéis por qué yo subrayaba las palabras de Hobbes en el siglo XVII: "El Estado es un Dios mortal". Ya lo tenéis y lo vamos a seguir viendo.

¿Qué cosa es el fascismo?, se pregunta Giovanni Gentile en un librito que lleva ese título, publicado en Florencia. Y se responde: "La nueva Italia empieza con él, con quien resurge la conciencia religiosa italiana". Véase que, al margen de toda religiosidad oficial y de toda iglesia, está esta otra religiosidad que, según Gentile, reaparece de la conciencia "mazziniana". De la santidad de la nación como realidad actuante en el Estado deduce él los motivos de la exaltación del Estado. En cuanto a la relación externa o internacional, la guerra es la última instancia, la única que experimenta y garantiza la soberanía del Estado individual en el sistema de la historia, en el que todos los Estados concurren y demuestran en la guerra la propia potencia, que es tanto como decir la propia autonomía. El Estado tiene un valor moral absoluto, el fascismo es religión —afirma Giovanni Gentile. Pensad y obrad en fascista. No hay, pues, equívoco, ni puede haber equívoco. Para quien quiera que dé un paso en esa dirección está muy rotunda y clara la declaración, y termina hablando del "carácter religioso de la presente lucha política; es decir, que estas guerras que se están tratando de provocar en la vida interior de todos y cada uno de los pueblos, constituye la fase previa para una guerra civil, distinta a las anteriores guerras civiles, de carácter meramente político. Ahora estas guerras, que van siendo provocadas insidiosamente, cultivando nuestras diferencias, creyendo hacer ver que las diferencias son abismos y que no hay un puente para salvar esos abismos, poniendo la dinamita de la pasión y del odio para hacer saltar la más bella flor que ha creado la cultura, que es la de la tolerancia y de

la mutua comprensión; serán guerras ideológicas, guerras religiosas. Y en América, casi inevitablemente, degenerarán a su vez en guerras de raza. Si alguna vez estalla en algún pueblo de América una guerra de este género —y os lo advierto con una triste experiencia y en nombre de esa experiencia— ese pueblo se devorará a sí mismo, se hará imposible su mañana, porque eso no tiene fin.

Lo veréis esto más claro cuando lleguemos y llegue a explicar la esencia del nazismo. La mítica del fascismo es ésta: el culto de todo el alma para la nación. Ya no es el culto del alma, ni para una idea religiosa, ni para una idea moral, ni para una idea de tipo humano comprensiva. Ahora es el culto de la nación en forma de Estado. Ya no es la justicia. Se han eliminado los valores éticos y religiosos como valores supremos. Ahora es un valor estrictamente político: la nación, como si la nación y aun la misma patria no se justificase en la justicia, por la justicia y para la justicia.

La visión del fascismo se caracteriza filosóficamente por ser una visión activista e irracionalista. Esta visión activista se lleva a cabo mediante el partido, que es la corporización militante de la "élite", concepto tomado de Wilfredo Pareto, todo lo que no son las "élites", son elementos residuarios, sociales, que —añade Mussolini— se incorporan irreflexivamente a la acción; es decir, a través de esta visión filosófica se llega a una apoteosis de la acción y el problema político consiste en que la élite está dotada de una vivacidad intuitiva que le permite, si tiene arte, darse cuenta de qué es lo que requiere el mandato de la hora. No es una idea previa; no hay un ideal ni una doctrina: es lo que la hora manda. ¿De dónde viene esta posición? Véase cómo define Mussolini el mito: "Un mito —dice— es una creencia, un generoso entusiasmo que no ha menester ser realidad, un impulso y una esperanza, un ánimo; nuestro mito es la nación, a la cual queremos convertir en realidad concreta. Un poco contradictorio, en verdad; pero eso no importa. Al mito no le importa tener contradicción; lo que le importa es tener una carga emocional dentro de sí, que sea suficiente para movilizar y arrastrar las fuerzas sociales.

Tres figuras hay en la historia del pensamiento que fundamentalmente constituyen tres puntos para trazar la línea de este movimiento: Maquiavelo, Hobbes y Hegel.

Es evidente que la línea se podría continuar y habría necesidad de insertar a Nietzsche y Sorel; pero yo me voy a circunscribir a decir unas palabras respecto de Machiavelo y Hegel.

Todos han oido hablar de Maquiavelo; más persiste el error de considerar que la doctrina de Maquiavelo está fundamentalmente desarrollada en **El Príncipe**, que, escrito en 1515, no aparece, en realidad, hasta 1531 o 1532. No; la doctrina del maquiavelismo no está en **El Príncipe**. **El Príncipe** no es más que una consecuencia de **Los Discursos sobre la prima década del Tito Livio**, publicado en 1517. Es aquí en donde Maquiavelo expone la doctrina de la triada, o sea, de los tres grandes principios que, según él, rigen en la vida de la historia, a saber: **virtud, fortuna y necesidad**; pero cuando Maquiavelo dice **virtud**, no dice lo que vosotros y yo y todos hemos entendido por virtud, sino que usa este vocablo con su primitivo sentido latino, tomado, a su vez, de la palabra griega "aretee", que significa virtud. En latín virtud significa energía. **Virtu** es, pues, energía. Cosa curiosa: todavía los campesinos de mi tierra andaluza, cuando el trigo nace desmedrado y raquíctico, dicen: "ha nacido sin virtud, no tiene vigor, no tiene energía". Este fué el sentido prístino de la palabra **virtud**, y así fué usada por Maquiavelo.

¿Y fortuna? Fortuna es un concepto que de vez en cuando se le escapa; y se le escapa, porque sabía él muy bien —Maquiavelo era muy maquiavélico, no tan maquiavélico como muchos que lo han seguido, a veces era bastante poco maquiavélico, sobre todo para su propia vida, porque fué siempre muy caballero— que el vocablo fortuna tiene un valor oscilante que se lo da la multiplicidad de vocablos y de intenciones con que se usaba entre los griegos y latinos; fortuna es, en parte, equivalente a destino, a veces es la voz de la fatalidad; en otras es pura y exclusivamente el azar. Y Maquiavelo usa de continuo como **leit motiv** esta expresión para sugerir lo que él entiende por fortuna.

Fortuna se aprovecha de la debilidad de la virtud, la fortuna es tanto más fuerte cuando más débil es la virtud; es decir, a mayor energía menos margen para el destino y la fatalidad; a menor energía, mayor margen para el azar, para el destino y para la fatalidad.

El tercer concepto es el concepto de la necesidad. ¡Qué intuición más profunda! Con razón la gran figura renovadora de la filosofía alemana, Wilhelm Dilthey, de continuo está en sus obras refiriéndose a Maquiavelo y particularmente a su concepto de la necesidad. ¿Qué es la necesidad para Maquiavelo? Es lo que la unidad de las circunstancias históricas exigen llevar a cabo. De aquí el carácter de artista del gran político: interpretación del sistema de circunstancias históricas e interpretación e intuición para ver qué es lo que en cada hora es necesario hacer sin cuidarse, que sea congruente con lo que se hizo antes o antitético. Esto último no tiene importancia para Maquiavelo; lo que para él tiene importancia es el acierto; es decir, encontrar el ojo de la cerradura por donde meter la llave de la acción.

Esta concepción de Maquiavelo tiene una raíz netamente renacentista: la credulidad de la potencia del hombre-individuo para modelar los destinos de un pueblo; pero también otra que no está en el ambiente de hoy: la tesis de que la política no tiene nada que ver con la moral. Para muchos esto puede ser un motivo de regocijo; para otros, y para la historia, es un motivo de duelo. ¿Cuál es entonces para Maquiavelo el problema de la política?

El problema de la política es para Maquiavelo pura y exclusivamente un problema de poder; poder y nada más que poder y ensanchamiento del poder, fortalecimiento del poder y engrandecimiento geográfico de la escena sobre la cual el poder se ejerce. De modo que, por un lado, la política se independiza de la religión y de la moral; y por el otro lado la política se afirma como poder, es pura y exclusivamente táctica para el robustecimiento del poder. Quien quiera percatarse de cómo se reacciona en el mundo ante esa tesis, que abra cualquier gran libro de historia de las doctrinas políticas y verá cómo todos los teólogos y juristas españoles de la época, se constituyen en escuela antimachiavelista, recogiendo la tradición cristiana, que está lo mismo en San Pablo que en San Agustín y en San Ambrosio, viva a su vez en la tradición española. Es el punto de partida de San Isidoro de Sevilla. Está en el Fuero Juzgo, con estas palabras: "Rex eris si recto facia" (Tú eres rey al obrar rectamente); es decir, tú eres poder si obras rectamente; si no obras rectamente no eres rey. Esa línea de pensamiento en nuestra tradición española es lo que hizo decir a Montes-

que en la Edad Media era el Fuero Juzgo español, alimentado directamente en la tesis de San Isidoro.

Es evidente que el maquiavelismo ha sido eterno: más todavía: el maquiavelismo es anterior a Maquiavelo, como el quijotismo es anterior al Quijote. Son ambas posiciones eternas del espíritu humano. Maquiavelo, como Cervantes en Don Quijote, encontró la forma permanente para revestir de carne y sangre un mito, o revestir de carne y sangre un símbolo o revestir de carne y sangre una idea.

El maquiavelismo es una faceta del espíritu humano, y Maquiavelo es quien, mediante su Discorsi . . . y "El Príncipe" convierte en una teoría cerrada, conclusa, orgánica, la visión maquiavélica de la historia.

Poder, Dios mortal en Hobbes; pero quiero añadir una nota de Hobbes que está en la línea de lo que voy tratando de sugerir. En el Capítulo 39 del Leviathan, después de haber exaltado el poder del soberano, dice Hobbes: "La iglesia es una compañía de hombres que profesan la religión cristiana y que, unidas en todo a la persona de un soberano, deberán congregarse cuando él lo ordena y habrán de abstenerse de hacerlo sin su autoridad y sin su permiso". A esto queda reducida la concepción de la iglesia en la concepción de Hobbes. Es decir, concuerda con Hegel en la exaltación del Estado a órgano supremo de la vida. ¿Qué es lo que Hegel ha significado y significa para la elaboración de esta concepción institucional estatal?

En 1819 aparece la **Filosofía del Derecho**, de Hegel. Para éste, la existencia, la vida, es un flujo perpetuo, la historia es un perpetuo fluir, un constante advenir, un permanente proceso en que lo absoluto se realiza en cada uno de esos momentos. Es decir: en cada instante, el espíritu de lo absoluto se revela en la realidad. En otros términos: ese advenir, ese fluir eterno y constante, se hace consciente, pura y exclusivamente en nuestra conciencia y en nuestro espíritu; pero a causa de esa unidad de la corriente, no hay posibilidad de diferenciar entre esencia y apariencia. La apariencia forma parte de la esencia y la esencia es una parte de la apariencia.

Ahora bien, ¿qué pasa con el mundo moral en ese fluir? La moralidad —dice Hegel— se realiza, se hace carne y sangre de la historia pura y exclusivamente a través

del Estado y en el Estado. El Estado es la síntesis absorbente y visible del espíritu objetivo en la historia. Es —ya está aquí de nuevo la palabra— Dios, quien se expresa a sí mismo en el Estado.

No se puede dar una posición más diametralmente opuesta a la posición cristiana. Si se compara la de Hegel con la posición de San Agustín, se verá que en éste el Estado es el símbolo del pecado; por eso es que contrapone la **Civitas Terræ** a la **Civitas Dei**. Y sin embargo, cuánta gente que se llama a sí misma cristiana y católica está marchando tras las banderas del Estado-Dios sin saber o sabiéndolo. Los últimos que descorran el velo de su conciencia y que hablen con la lengua de la verdad: lo contrario es no ser cristiano.

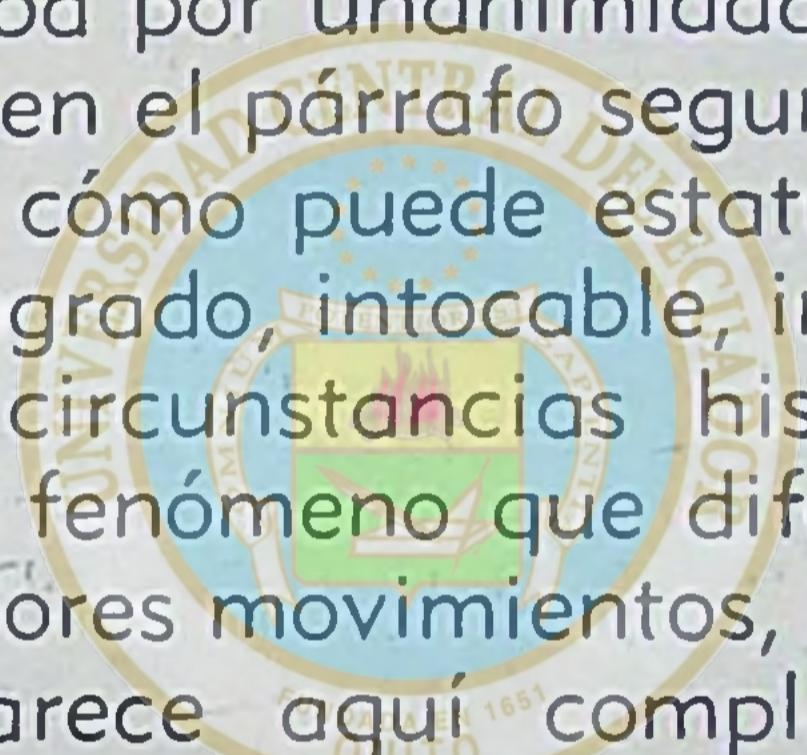
El Estado es el símbolo de Dios. Es Dios. Hablar de cómo debe ser el Estado —dice Hegel— no tiene sentido, porque si el Estado es una manifestación del espíritu objetivo en la historia y simboliza a Dios en cada instante, en cada momento es lo que puede ser y lo que es y a eso no hay posibilidad de presentarle ningún requerimiento, ninguna apelación. Es lo que es. Es lo que pudo ser. Es lo que debe ser. Es lo racional. Es el espíritu objetivo.

Oigamos a Hegel: "Esa expresión taxativa y ese Estado, que es Dios, —dice— en el mundo alcanza su máximo de realidad ética en la guerra; el máximo de la realidad moral del Estado es la guerra, porque es el instante en que todos los medios se prosternan y se lo ofrecen para que el sujeto encarnador del espíritu objetivo haga lo que considere que debe hacer."

Vivo estaba Hegel cuando llegan los acontecimientos de la Gran Guerra; vivo en mi propio Maestro Cohen, que define el Estado como totalidad; vivo en Karl Schmidt e incluso en un pensador que yo estimo muchísimo pero que se le fueron los pies en este problema, que es Hans Kelsen. También hay en él el reflujo enorme del influjo hegeliano.

En estas circunstancias se hunde la República de Weimar, el 30 de enero de 1933. El Presidente del Reich alemán, Hindenburg, entrega la jefatura del gobierno a Adolfo Hitler, jefe del **Partido Nacional Socialista Obrero Alemán**, líder de una concentración política y que incluye, entre otros, el **Partido del Centro Católico Alemán**, dirigido por Von Papen, el que es actualmente el Embajador de Alema-

nia en Turquía. Elemento directivo del Partido Católico, que será luego perseguido por Hitler, Von Papen contribuye a dar la victoria al **Partido Nacional Socialista Obrero Alemán**, considerado como el órgano único de la vida política y de la vida civil alemana. No existe en Alemania —dice— más que un partido político: el Partido Nacional Socialista Obrero Alemán. El órgano totalitario está ya controlando la vida civil a través de ese órgano totalitario, el Estado se va a definir a sí mismo, va a determinar su trayectoria y va a justificar sus fines históricos.

Pero para contestar a los problemas que eso inevitablemente implica, quiero rememorar lo que aconteció en la famosa Cervecería de Munich el 25 de febrero de 1920, cuando en esta cervecería el grupo de los que estaban en torno a Hitler aprueba por unanimidad el Estatuto del Partido, el cual declara en el párrafo segundo que los estatutos son intangibles. ¿Y cómo puede estatuírse un partido que se declara "tabú", sagrado, intocable, inmodificable, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que puedan presentarse? Primer fenómeno que diferencia esencialmente de todos los anteriores movimientos, el movimiento nazi-
ta: el problema aparece aquí completamente articulado apriorísticamente, es un programa tan construído que no tiene ni siquiera la cautela, como por ejemplo pasa en la propia Rusia, de trazar pura y exclusivamente las líneas fundamentales, dejando la adaptación de esas líneas a lo que el sistema de circunstancias históricas vaya requiriendo, incluso con posibilidad de rectificación, como muchas veces lo hizo Lenín.

El programa es aquí rotundo y se ha articulado así, constituyendo lo que llaman los alemanes *Wellstanchanug*, es decir, una visión genérica del mundo. Ahora bien, si se declara inmodificable esa visión del mundo, no puede ser sino por una de estas dos razones: o porque ellos han creído descubrir las leyes generales de la historia, o, como diríamos, usando una terminología que hube de usar en días pasados, un **newtonianismo** político social, haber descubierto el **analogon** de las leyes de Newton, o bien porque han concebido como iglesia y religión el nazismo.

¿Cuál de estas razones es la acertada? Uso la edición alemana de **Mein Kampf**. En la pág. 422 de **Mein Kampf**, el libro de Hitler, se dice: "La comprensión y organización

de una **Weltanschauung**, de un concepto de la vida, de una visión de la vida, sólo puede ser posible a base de una formulación precisa, determinada y concreta y lo que para el creyente representan los dogmas, son los principios del Partido, para quienes constituyen éste". Concepción religiosa, concepción dogmática, concepción eclesiástica del Estado que va a organizar y del partido que se organiza como el órgano evidente de la verdad. Es más, continúa: "y una visión del mundo no puede satisfacer si es una entre varias, es decir si es una entre las otras que tengan los demás partidos o puedan tener. No, una visión del mundo, es, por esencia, intolerante, y exige, imperiosamente, su exclusivo reconocimiento, así como el cambio completo de toda la vida pública, de conformidad con sus instituciones. Ella no puede, pues, soportar la convivencia de una representación de situaciones anteriores".

Ha caído el telón. La tolerancia está proscrita y no tiene sentido ni la libertad ni el disentimiento; quien disiente no tiene un lugar en la vida del Estado. No les extrañará a mis oyentes que yo me sienta profundamente dolorido cuando leo esto, recordando que durante tres siglos se ha estado constantemente diciendo a España que era un país representativo de la intolerancia y de la persecución y tres siglos y medio después, precisamente en el pueblo que había sido origen de la reforma, surge una organización como jamás llegó a adquirirla el propio Estado de Felipe II. Esa cerrazón que tiene aquí el Estado es superior, incluso a la muy grande que tuvo en la época de Felipe II; pero cuatro siglos después, los cuatro siglos después de la expulsión de los judíos de España, a virtud de un principio del que ahora me ocuparé, viene la expulsión de esos judíos de la que constantemente y durante cuatro siglos se había estado zahiriendo a España por la obra inhumana que realizó. No seré yo, ciertamente, quien no diga que fué obra inhumana; yo tengo derecho a decirlo, porque es necesario; pero ellos tienen que purgarse a sí mismos de lo que han dicho a otros pueblos ya que Alemania está haciendo, infinitamente más acentuado, cuatro siglos después, lo que reprochó al pueblo que lo hizo en el siglo XV.

¿Cómo se ha de llevar esto a cabo? Hay un programa de 25 puntos que, naturalmente, por razón de la hora, me veo imposibilitado de examinar; pero hay algunos de los 25

puntos que sí quiero leerlos porque están inmediatamente conectados con todo lo que acabo de decir.

"Es ciudadano alemán —dice— quien tiene sangre alemana; no lo son —añade— los judíos, a quienes se someterá como huéspedes de una jurisdicción para extranjeros y no podrán participar en la Administración del Estado, ni de los Municipios, ni en ningún cargo público". Ese es uno de los aspectos que tiene una gran importancia por lo que voy a añadir.

En el final de la **Filosofía del Derecho** de Hegel, hay un esquema de las etapas de la historia. Ese esquema divide el proceso histórico en cuatro momentos: el primero, que fué el momento simbolizado por el Oriente, o sea, el momento teocrático y de régimen sacerdotal; el segundo momento, es el del conocimiento de la sustancia del espíritu, y es la cultura griega; el tercer momento, es el del conocimiento de la individualidad y es Roma y el cristianismo; el cuarto momento, que es el momento definitivo, es aquel de la formación de las contradicciones del espíritu para reconciliarse a sí mismo en la objetividad y este momento habrá de estar representado —dice él— por el triunfo de los germanos, llamados históricamente a desempeñar la función de la reconciliación de los contrarios. ¡La reconciliación de los contrarios!

El principio de la raza está en marcha. ¿De dónde viene este principio racial? Este problema ha entrado en Europa y ha adquirido plenitud de significación, en 1852, en que el Conde de Gobineau escribe y publica un libro en 4 volúmenes que se llama **Ensayos sobre la Desigualdad de las Razas Humanas**, muy citado.

"La lámpara que alumbra el mundo de los hechos históricos y nos permite decírnos el por qué de lo que acontece en los pueblos —escribe Gobineau— es el estudio de las razas y el análisis de su progresiva bastardización por las mezclas; lo cual explica la decadencia y ruina de las culturas. De los hijos de Sem y de Jephet provienen los arios, que son los nobles, cuya raíz en todas las lenguas expresan superioridad; son bellos entre todos los hombres y son regocijo de los astros y de la tierra. Del ario primitivo salido de las altiplanicies o mesetas del Asia Central, padres de los arios de la India, de los iranios, de los sumeros, griegos

y de los sálmatas, padres de los germanos provenientes de las razas superiores".

Y, he aquí que, de pronto, Alemania da un decreto diciendo: "Sólo son ciudadanos alemanes los que tienen sangre germana y cualquiera que tenga uno de los cuatro abuelos que proceda de la raza hebrea queda **ipso facto** fuera de las posibilidades de la comunidad germánica". Mas he aquí que Gobineau rechaza a los actuales germanos como representantes de los arios por su mezcla y, además, llega a la conclusión pesimista por la bastardización progresiva de la historia hasta llegar al ocaso de las culturas por la degradación racial. Palabras finales de Gobineau: "Esta vergüenza reservada a nuestros descendientes podría dejarnos insensibles si no experimentáramos ya por un secreto horror que las manos rapaces del destino están puestas sobre nosotros".

En vano los propios antropólogos alemanes en una discusión magnífica sostenida el año 1933 y 1934, debaten el problema y presentan este hecho: una encuesta en Sajonia, Baviera y Berlín, de la cual resulta que sólo el 10% puede considerarse como raza pura; y de una encuesta en Suecia, que ofrece el 31% de su población solamente con caracteres nórdicos; pero Alemania mantiene su tesis y, por consiguiente, mantiene su drama. He aquí por qué yo llamaba la atención de América, de ustedes y de los elementos que hay aquí que no sean pura y exclusivamente cubanos, sobre la trascendencia inevitable que había de tener en América una guerra civil del tipo de las que se trata de fomentar, porque el problema racial que empezó siendo exclusivamente un problema creado por Alemania, saltó luego después a Italia y está ya en los decretos y en las leyes de Francia. Como lo eliminó en el siglo XV, España lo que ha hecho ahora es considerar fruto de pecado a todos aquellos que habían caído en una fe de tipo liberal y democrático y llevar a cabo un acto infinitamente superior numéricamente y tal vez en crueldad al que incluso llevó a cabo en el siglo XV; pero el problema racial está planteado.

He aquí como la desilusión que sobreviene después de la guerra, desilusión por no haber triunfado el racionalismo en lo que había primado, llevado de su obsesiva fe en sí mismo, ha hecho caer a los hombres en una situación extraordinariamente extraña; no supo salvarse como hombre-

individuo, quiere salvarse como hombre-ciudadano y otorga al Estado la misión de redentos y le pide que le lleve al país utópico que en su imaginación acaricia.

He aquí por qué esa fertilidad del mito, ese poder del mito como algo indefinido, algo que no tiene por qué marcar los contornos de su premisa, porque el mito no se lo exige, sino pura y exclusivamente una descarga emocional. He aquí, repito, por qué están reapareciendo en nuestros días las fuerzas místicas y por qué vemos en este instante alguna gran figura histórica que se reviste incluso exteriormente en su hablar, en su decir y en su vivir como Zarathustra vive en la montaña y sólo de vez en cuando sale de la montaña para hablar con los mortales. Vemos al héroe, según la tradición griega y romana, con caracteres de semidios y acaso como tal, definiendo la verdad carismáticamente, como señalado por la gracia para una misión providencial, creyendo haber encarnado la figura de Parsifal. El héroe se cree Parsifal llamado a cuidar las cadenas que históricamente, de continuo, han estado limitando la función de sus pueblos; mas los héroes carismáticos no satisfacen su sed sola y exclusivamente con la redención interior de su pueblo. Su ambición es mayor. Aspiran a redimir a los demás pueblos y de aquí que creen no sólo un drama nacional, sino un drama de dimensiones internacionales; avanzan y avanzan devorando los pueblos.

IV

EL OCASO DE UNA ESTRUCTURA INTERNACIONAL: EL DE LAS NACIONALIDADES SOBERANAS

Al terminar hoy el ciclo de cuatro conferencias sobre la actual descomposición política del mundo, créome obligado, por razones dialécticas y por motivos pedagógicos, a reducir a un esquema sistemático lo que he explicado en las conferencias anteriores, de suerte que aparezca en una perfecta unidad orgánica lo que he de decir esta noche y la conclusión de lo que he de decir.

Comenzaba el primer día llamando la atención sobre este problema que es esencial y tiene el valor de condicionante de todos los otros problemas que se refieren a la vida de la cultura, que es el de la respuesta a la pregunta: ¿Qué es la naturaleza humana y qué es el hombre? y presentaba dos respuestas iniciales con una serie de corolarios. La primera, la de la civilización greco-latina, diciendo que la naturaleza humana es esencialmente racional en cuanto humana y que se trata de una antinomia irreductible, de una oposición insuperable, porque el drama de la naturaleza humana consiste en ser prisionera en su cuerpo, prisionero el espíritu en la jaula material fisiológica. El mal no era, no tenía existencia —decía—; el mal es lo irreductible a la idea, lo que no es posible derretir en pensamiento e idea.

La segunda respuesta dice que la naturaleza humana se caracteriza fundamental e inicialmente por su semejanza con la divinidad y por un modo de conciencia en que el hombre es capaz de encontrarse a sí mismo, dialogar consigo mismo y hallar como esencia de este diálogo una pugna

por la perfección, que no puede agotar; y aquí está —dirá el cristianismo— la tragedia del hombre: el hombre se descubre a sí mismo perfeccionable indefinidamente y jamás en la posibilidad de ser perfecto. En una palabra, la vida aparece como un caminar, un caminar sin fin. Es la nota de Lessing; lo que en el estudio sobre el hombre descubre Lessing. Imitad a Cristo —dirán—; pero, a su vez, sabiendo que es imposible llegar a ser un **analogon** de Cristo. Libertad para escoger; pero sabiendo que en esa libertad para escoger escogerá unas veces el bien y escogerá otras veces el mal y escogerá lo uno o lo otro, precisamente porque es libre.

Ni por un instante pretendo yo, al hacer este esquema, considerar que está resuelto el problema del influjo del medio en el hombre y del hombre en el medio, como alguien me ha reprochado. Ni por un instante ha pasado esa pretensión por la esfera de mi pensamiento. En este problema, tal como lo presento, ni por un momento me he planteado agotar las dimensiones que el problema lleva consigo. Evidentemente, hay ya una posición ante ese problema concreto y es que, si bien no puede vencer el hombre la plenitud de los obstáculos, está siempre en potencia de vencer los más de los obstáculos.

Redención: he aquí el grito que brota del centro del corazón de los hombres. ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL Mas, he aquí que la redención no tiene sentido más que en una forma metafísica religiosa, en términos de realidad histórica; redención es, pura y exclusivamente, el hogar metafísico de nuestras ilusiones, sin que haya posibilidad de que a la redención pueda corresponder una realidad; y, no obstante, no habrá quien pueda traer del fondo del alma humana este grito y esta aspiración.

Yo recuerdo siempre la impresión que hubo de hacerme, cuando por vez primera leí el **Prometeo** de Esquilo, en que éste dice: "Yo dí a los hombres aquello por lo cual la vida se les hace llevadera; yo les dí a los hombres esperanzas infinitas". Ahí creo que está la clave de nuestro ser y de la limitación de nuestras posibilidades.

Puse de manifiesto cómo la rebelión intelectual más grande que ha conocido la historia, la rebelión renacentista, acentúa el mundo de las posibilidades de nuestra voluntad y de nuestro conocer y dispara al hombre sagitario ha-

cia un infinito histórico diciendo: "Todo lo puedes conocer, todo lo puedes dominar: naturaleza y espíritu. ¿Cómo? Exaltando las fuerzas de tu razón, potenciando tu querer, pero un querer siempre iluminado por la razón. Y, en efecto, el mundo científico se enriquece inmensamente. Las circunstancias históricas aparecían como las formas en que se refugiaba el mal y se le decía al hombre-individuo: "Tú puedes vencer todas las circunstancias históricas, tú eres dueño de tu destino, el destino lo haces tú". Cultivo de la razón hasta el perfeccionamiento, cultivo de la razón que culmina en el siglo XVIII. Cuando la Revolución Francesa, obedeciendo a todo ese proceso de tres siglos, constituye a la razón, la entroniza como diosa y se prosterna ante ella. Es el momento en que aparece el primer programa de educación popular en la historia. Condorset y Madame Roland lo redactan y comienza con ellos la historia de la educación pública popular como una función estatal.

Desde aquel instante hasta 1918, la aspiración redenciónista ha estado confiada fundamentalmente a la razón y se ha creído posible. La Gran Guerra trae la caída en el pesimismo. Y trae la caída en el pesimismo, porque la guerra en sí se presenta y se despliega ante los ojos de los observadores como un redescubrimiento de la finitud del poder de la razón, de la finitud del poder de todos los ideales que se habían esgrimido y de las falacias ocultas en cada una de las proposiciones de aquellos ideales en que se había alimentado desde el siglo XVI al XVIII.

Fué entonces, cuando se vió cómo la continuidad del proceso de la cultura a través de la historia, resultaba una puerilidad; y es que la doctrina del progreso se gesta en el siglo XVIII, cuando se desconocía esencialmente toda otra historia que no fuera una parte de la historia de Roma y algo de la historia de Grecia, muy poco. Lo demás estaba envuelto casi en la quimera, era casi un cuento; el Oriente, propiamente el proceso creador de la cultura griega, incluso el conocimiento pleno del ciclo de la civilización romana y nos hicieron creer, y fuimos educados, hasta la guerra de 1914—1918, en la idea del progreso continuo, en la idea del progreso inevitable, en la idea de la continuidad a través de los milenios que se hace posible porque se iban transmitiendo unos pueblos a otros la antorcha del ideal y la antorcha del conocimiento.

Mas, he aquí que en la segunda mitad del siglo XIX, los estudios de morfología histórica, los enormes descubrimientos sobre las primitivas civilizaciones del Oriente asiático, e incluso del centro del Mediterráneo, nos abren completamente un nuevo panorama. La última palabra en este sentido la ha proferido el profesor inglés Toynbee, que en su gran libro **Study of History** sintetiza todos los descubrimientos realizados desde fines del siglo XIX hasta hoy.

En el volumen cuarto de ese magno libro, Toynbee descubre el colapso de diez y seis civilizaciones. ¡Dieciséis civilizaciones!

El estudio morfológico lo había iniciado Eduardo Meyer, el gran historiador alemán, con su espléndida obra de **Geschichte der Altertum (Historia de la Antigüedad)** y ya allí se nos había presentado una historia de la cultura profundamente complicada, en que los pueblos, a veces, caen a pico y las civilizaciones se sepultan sin dejar apenas huellas de sí mismas en ocasiones; pero el pesimismo de la post-guerra, al revolverse contra la razón, canta la vida. Estaba precedida por unos años en que la filosofía iba en esa dirección; la filosofía de la vida canta la vida y las manifestaciones esenciales de la vida moderna, y entonces aparecen aquellas fórmulas: la vida como deporte y el Estado hijo del deporte, y vino —os he de hablar, jóvenes, como la voz del deber me lo impone— el cortejo a la juventud y el halago a la juventud que, por simbolizar la vida en su fase primera, se le hace creer que ella, la juventud, no la razón, no la ciencia, no la experiencia, era la que llevaba en sí la esencia inefable del mundo de la verdad; y vino la rebelión de la juventud, rebelión que no hay hombre de 40 años, ni mujer de 40 años, que no la haya notado en sus hogares. Es la rebelión de los hijos contra los padres, que sonríen, a veces, cuando el padre habla, o en nombre de su experiencia, o en nombre de una tradición de milenios, o en nombre de lo que han estudiado y meditado. Ya está pasando esa sonrisa, esa sonrisa llega a su máximo hace diez años; se acentúa, tal vez, cuatro años más; pero en estos cuatro o cinco años principia a desvanecerse. Rebelión en el hogar por aquel canto inconsciente a la juventud; rebelión en el seno de las universidades de las juventudes; rebelión en el seno de los partidos contra todos los viejos, los hombres ancianos.

nos, por muchos que hubieran sido sus sacrificios y por mucho que hubiera sido su heroísmo moral.

¿Rebelión, en nombre de qué? En nombre del desdén a la razón, en nombre del desdén a la experiencia, en nombre del desdén al espíritu y en nombre de lo que ellos creen —se lo habían dicho los filósofos— que es la suma razón: la vida. ¡Como si la vida no fuera un cuenco vacío donde pueden ponerse nobleza o bellaquería! La vida como cuenco no es en sí misma condicionante de ningún valor moral; puede ser condicionante de los supremos valores morales y puede ser condicionante de los supremos valores destructivos de la esencia de lo humano.

La razón suscitaba una sonrisa; la razón discursiva un gesto de piedad; la invocación de los motivos éticos, la emoción de la niñez. Algo profundo había que motivaba, a su vez, esa actitud. Se los voy a decir con una expresión que va a parecer paradógica, que no lo es; es trágica y no paradógica. Es que estábamos viviendo, y todavía estamos viviendo, una época en que la moral está desprestigiada. Y cuando en una cultura o en una civilización la moral se desprestigia en nombre de un pragmatismo que no ve sino como sumo valor en la vida el éxito, se puede predecir, categóricamente, que ese pueblo y esa civilización están en plena decadencia.

ÁREA HISTÓRICA DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

En este desprestigio de la moral ha colaborado enormemente la mujer, enormemente la madre; en este declinar, la madre, hostigada por el medio social, le ha dicho al niño: "Mira, niño, déjate de boberías; —como dicen los cubanos— es necesario triunfar, triunfar"; y se le presentaba el éxito como la suma razón de su actividad y el supremo goal de sus embates y de sus luchas. No; no era aquella posición de decir: "Lo sumo es que seáis siempre un caballero; sé siempre honrado y si en la lucha por mantener tu honradez fracasas, ¡bendito seas!; pero la honradez es lo primero".

La vida, la vida, triunfo de valores materiales, a la conquista de ellos. Y todo el mundo, más o menos violentamente, iba empujando a la juventud a ese abismo, donde felizmente todavía no ha caído del todo e, incluso, se está rescatando. Colaboró la filosofía. Colaboró el hogar. Quizás nosotros, los universitarios, no hemos sabido tampoco plenamente cumplir con nuestro deber; quizás he-

mos otorgado demasiada importancia a las formulaciones abstractas de la ciencia y hemos descuidado las apelaciones concretas y humanas, a la intimidad de la conciencia y de los corazones de los alumnos. Tal vez, todos —no seré yo ni quien me excusara, ni quien excusara a los demás—, todos, porque la vida histórica es en cada instante un organismo, una unidad perfectamente, internamente coherente y con relaciones vitales entre sí. Yo creo que, en efecto, todos, absolutamente todos, hemos pecado.

Pero si todo esto ha resultado insuficiente para descubrir la naturaleza humana —decía yo— la esencia de la naturaleza humana vuelve a redescubrir nuestro destino, que es el problema de hoy, en el que estamos metidos y de donde no saldremos sino en tanto en cuanto seamos capaces de redescubrir nuestro destino, que es limitación y perfección.

Si todo esto ha resultado insuficiente, ¿a dónde va el hombre en esta hora que le permite satisfacer esas sus ansias redenciónistas? Tres mitos han aparecido: el mito de la redención, a través de una dictadura de clase; el mito de la plenitud de poder para un pueblo y la felicidad para todos los que lo integran, mediante la potenciación de la nación; y el mito de la raza, que carismáticamente se siente llamada por la divinidad para cumplir una misión providencial y arrastrar al mundo bajo su dirección a un mundo nuevo.

Los magos que han tomado sobre sí esta empresa, el mago fascista y el mago nazista, no han vacilado en declarar que se trata de religión, que ellos representan una religión. Y aquí aparece un nuevo fenómeno histórico: aquellas juventudes que sonreían cuando se hablaba de razón científica —reconociendo nosotros su limitación— del espíritu ahora en zonas no escasas, atraídas por el mito, ingresan en nuevas religiones que son, a su vez, dogmáticas y cerradas; pero que son religiones de tipo laico y que son religiones, por consiguiente, sin la grandeza trascendente de las tradicionales religiones, ni la belleza incommensurable de la liturgia. Esta posición, está incluso determinando un fenómeno sumamente original y característico: muchos señores que se creían y se decían transidos de amor por Cristo, abandonan a Cristo y entran en esa nueva iglesia que un mito de tipo personal y de tipo terrestre está levantando.

Y todo ello como resultado de un pesimismo pueril, injustificado, en la limitación de la esencia de la naturaleza humana; pueril e injustificado, porque no tendrá modo de salir de él. Hay un proverbio árabe que dice que nadie puede saltar más allá de su sombra; eso le pasa al hombre: no podrá saltar más allá de su sombra; que es limitación. Pero en esa actitud de entrega de los pueblos y de los individuos se están originando fenómenos insospechados, fenómenos de gravísima trascendencia. Recuerden el caso de Francia, allí, desde arriba abajo, desde la cúspide hasta la base, todas las clases sociales han fallado: los obreros no quisieron trabajar 48 horas en las fábricas de municiones para la defensa de su patria, y hoy están trabajando 60 horas para la esclavización de su patria. He ahí un ejemplo típico de a dónde está llevando esa ceguera respecto al sentido y significación realista de los mitos que se nos ofrecen a hombres de toda clase y condición. Pero el universalismo, la ambición universalista de todo mago que se adelante en la historia buscando en nombre de una raza, la dirección de la historia —y este es el caso de Alemania—, inevitablemente, ha de rebasar los lindes geográficos de su pueblo y ha de tratar de uncir a su carro histórico a todos los demás pueblos de la tierra.

El año 1936 inicia Hitler su marcha triunfal, su marcha arrolladora de nacionalidades. Y casi puede decirse que la inicia con mi adorada y desventurada España. Al principio, cuando presentamos el caso ante el mundo diciéndole que allí se iniciaba un proceso histórico de dimensiones mundiales, pasaba lo mismo que pasaba a los padres cuando le hacían advertencia a los hijos hace unos años: sonreían, no nos creían. Me guardaré muy mucho, sin embargo, de decir a ningún pueblo que aquello obedecía a maldad. No, si leéis el libro publicado por el último embajador de Inglaterra en Alemania, Neville Henderson, observaréis que es un libro lleno de probidad, de nobleza, de pureza; que incluso cuando llega a la última página acredita que no ha comprendido absolutamente nada del fenómeno nazi como fenómeno histórico. No comprendió su autor que se trataba de un fenómeno revolucionario, de un fenómeno que trataba de transformar la estructura íntima y externa de la historia. No voy, pues, a considerar que es culpa lo que después ha traído hacia la propia Inglaterra los

mismos males que nosotros sufrimos; pero en esa marcha, desde entonces, los pueblos van cayendo: Austria, Checoslovaquia, Polonia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda, Francia, Yugoeslavia, Grecia. ¿Qué es esto? ¿Qué sentido tiene ese fenómeno? Es que las fuerzas centrífugas históricas iniciadas en el siglo XV habían creado, entre otras muchas cosas, individualidades históricas independientes que tuvieran consistencia íntima para vivir como unidad.

El fenómeno llamado de la soberanía nacional se inicia en el siglo XIII. En un librito que publicó un barón francés, poeta y señor, señor de tierras y señor de feudos, que se llamaba Beaumanoir, hay esta expresión: "Cada barón es soberano en su baronía". Es la primera vez que aparece en la historia la palabra soberanía, la palabra soberano, que había de reiterarse en la lucha entre el sacerdocio y el imperio, lucha en la que, como sabéis, el Emperador trató de disminuir el poder político de los Papas, estimando que, en lo terrenal, él es la suprema autoridad; es entonces que se usa esta expresión: **Rex in regno suo superiore non recognocet** (El Rey en su reino no reconoce superior). Esta fórmula, unida a la anterior va a hacerse camino a lo largo de la gestión del Estado absolutista; y cuando aún estaban frescos los recuerdos de la noche de San Bartolomé, que es la noche más sangrienta en las guerras de religión en Francia, un autor francés, Bodin, publica un libro que se llama **Seis libros de la República**, y que aparece en 1578. En ese libro, en el Capítulo VIII, por vez primera en la historia se define el Estado por ser potencia soberana, poder soberano, supremo, sin superior.

Ya está en la calle uno de los conceptos que van a constituir uno de los grandes obstáculos actuales para la organización de la vida interna e internacional. Estimulado por este concepto de poder soberano y estimulados por el desarrollo del capitalismo y por la ideología de la Revolución Francesa, van surgiendo pueblos soberanos e independientes por doquier y surge Bélgica y Grecia y Rumanía y Bulgaria, y Serbia, e Italia y Checoslovaquia y Polonia y Hungría, y América se independiza y se pulveriza. Mirad hacia la América Central. Y todo en nombre, primero, de la individualización, continuando el proceso iniciado en el siglo XV; segundo, en nombre de algo que el romanticismo fun-

damentalmente estimula, y es la creencia de que todo pueblo, a semejanza de todo individuo, tiene también un yo íntimo que expresar, un ego, una personalidad íntima y una voz que es su **epos**, que en cada pueblo encuentra su expresión en la lengua vernácula, en las tradiciones, en los cantos, en los usos y costumbres, en los vestidos, en todo el **folk-lore**. El romanticismo exalta la individualidad histórica, como había exaltado al hombre-individuo y se puebla de naciones el mundo; pero la economía ha ido tejiendo y estableciendo una unidad de interdependencia entre todos los pueblos de este mundo. Europa se industrializa pensando en una situación de subordinación permanente de todos aquellos pueblos que dominaba como colonias; se industrializa y se crea este gran fenómeno, que habrá de ser origen de infinitud de actos en el drama histórico en que estamos empeñados: de un lado pueblos industrializados; y de otro, pueblos con materias primas. Los industrializados sin las materias primas para sus industrias; aquellos que tienen materias primas, sin industrias. He aquí un ejemplo curioso: Inglaterra, como ustedes saben, necesita importar el 45% de la carne que se come y el 55 al 65% de las semillas panifican. Lo mismo, no en esa proporción, puede decirse de cada uno de los pueblos industriales de Europa. Cuando les cortan la **comunicación**, esos pueblos fenecen; sin materias primas se les hace imposible la subsistencia industrial.

Pensad ahora, por vía de contraste, en la Argentina; con 2.794,000 kilómetros cuadrados, es decir, una extensión equivalente al 29% de Europa. En su extensión caben los siguientes pueblos: España y Portugal, Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Suiza, Italia y Yugoslavia; todo eso cabe dentro de la Argentina.

Ahora bien, la población de los países europeos que he enumerado asciende a 303 millones; la de la Argentina a 13 millones. Hay, pues, dramas biológicos hoy que necesitan inevitablemente una solución. Mas, ¿qué tipo de solución? ¿Cómo? · ¿Por qué vía?

En nombre de la soberanía absoluta, cada uno de los Estados dice la última palabra sobre todo cuanto concierne a sí mismo. En 1919 surge la Liga de las Naciones y muchos vimos allí una esperanza, vimos la posibilidad de una

reorganización del mundo y de una unificación interna, si quiera fuera parcial, del mundo.

En 1924, Briand, con enorme intuición, habla de que era indispensable formar los Estados Unidos de Europa; pero en nombre de la soberanía individual de cada uno de los Estados allí existentes, aquello no puede seguir adelante, ni siquiera en forma de debate. Ahora bien, lo que Europa no hizo, requerida insistentemente no sólo por Briand, sino por multitud de pensadores, ahora, en esa marcha iniciada en 1936, Parsifal, pretende hacerlo por la violencia y por la fuerza.

Ese es el juego dialéctico de la historia: hay cosas que las imponen imperativos de realidad y cuando la razón no tiene flexibilidad ni capacidad intuitiva para darse cuenta de que aquello es necesario, la necesidad se abre camino por las vías de la violencia y por las vías del drama. En esta disyuntiva estamos ahora: o un proceso de superación de las individualidades históricas mediante confederaciones o superestados, si queréis; o una descomposición acentuada del mundo; o, en el caso de que se consolide la posición de Alemania, sojuzgamiento. En la tipología histórica, en el estudio de los tipos que la historia ofrece esto es perfectamente conocido. Es la resurrección de las estructuras feudales en el campo internacional, es la enfeudación de los pueblos a otros pueblos, es la organización del vasallaje. Es la reproducción, en el campo universal de la historia, de lo que hubimos de ver en el siglo X al XIII, en el interior de las estructuras nacionales.

Espacio vital, se dice. ¿Qué límite puede tener el espacio vital? Si es vital, el de las necesidades vitales de aquel que la invoca. Y, ¿cuáles son sus necesidades vitales? Sus sueños y las exigencias de su economía. ¿Se pueden esas determinar? Imposible; ese es un proceso voraz, insaciable. Cada pueblo repite en cada tiempo y pone énfasis el pensamiento filosófico en una idea que considera idea cardinal, idea vital y al cual todas las demás están subordinadas. Alemania, desde el siglo XVIII ha puesto el énfasis en la palabra "total" y en la palabra del **Estado-Dios** y **Estado-Providencia**. Cuando Fichte publica su **Discurso a la Nación Alemana**, le insta a escribirlos el triunfo de aquellos desarrapados compatriotas míos en la batalla de Bailén, frente a las fuerzas napoleónicas, lo cual ha reco-

nocido el más grandes historiador de Alemania en el siglo XIX, Ranke, en un pequeño librito que se llama **El Levantamiento de Prusia**, cuando afirma: "El eco de la batalla de Bailén en Berlín despertó la fe de Alemania en la posibilidad de sacudir el yugo napoleónico y elevarse otra vez a la grandeza de una nación". España es, pues, la movilizadora de Alemania a principios del siglo XIX; pero en sus discursos Fichte establece esta distinción que nunca más ha abandonado Alemania: Alemania y Germania.

Cada pueblo subraya su valor vital. El pueblo alemán lo ha subrayado en esta hora; y lo ha subrayado en esta hora, porque, coincidiendo con la desilusión de casi toda Europa, ha conseguido levantar en ella la fe, de suerte que en este instante el mundo europeo, resulta perfectamente dividido en dos notas distintas: desilusión en inmensa zona; fe en otras. ¿Fé en qué? Ninguno de ellos es algo que pueda satisfacer nuestras ansias de tipo humano, ninguno habla en humano, cada uno de ellos habla a algo concreto, específico, particular o nacional o un sector de clases; al hombre como hombre ninguno de ello le habla, a la humanidad como humanidad ninguno de ellos le habla. Evidentemente no es ese nuestro camino.

Es un colapso y es un colapso que no es irremediable. No se olvide que en la historia se ha dado varias veces las ambiciones al Estado mundial, triunfando en ocasiones como en Roma, otras veces fracasando como en Alejandro o en Napoleón; es decir, el juncos con que se va a tejer el futuro está en la mano de los hombres. Escuchad estas palabras del gran historiador inglés Toynbee, tratando del colapso de las culturas: "Uno de los signos más relevantes de desintegración a lo largo de la historia y que atestigua declinar y caída es aquél que ofrece una civilización en pleno proceso de desintegración, cuando para suspender su proceso interno se somete violentamente a una fuerza política dentro del aparato de un Estado universal". Exactamente el fenómeno a que estamos asistiendo.

Pueblos que se someten al aparato de un Estado universal que les ofrece, no libertad, sino vasallaje. Y continúa: "Un colapso de cultura existe cuando desaparece el poder creador en las almas de los individuos o minoría que han sido los líderes de una civilización en su época de desarrollo". Quiero, a mi vez, subrayar este hecho nuevo y por demás

dramático: todos los pueblos que van cayendo bajo la órbita totalitaria, todos sin excepción, aún aquel de entre todos que más ha significado en el mundo de la cultura, inmediatamente se ven reducidos al silencio y se convierten en hipogeos históricos. Ya no hay filosofía en ellos, ya no hay arte, ya no hay literatura. Tan muda está Alemania como Italia, dos pueblos próceres si los hay en la historia de la cultura. ¿Por qué? Pues porque es esencial a la creación del espíritu la libertad del espíritu. Cuando el espíritu está aherrojado, carece de alas para volar y para crear.

Creo firmemente que después de esta crisis vamos a redescubrir la esencia de nuestro destino. Vamos a redescubrir que, si bien la razón es limitada y sus aspiraciones a veces han sido desmedidas y pueriles, si bien el espíritu tiene, a su vez, una limitación esencial, no hay más tela que la que hay, no hay más que razón y espíritu y sólo ellas pueden ser las lámparas que iluminen nuestro camino, sabedores siempre de que ese camino está iluminada, no en forma tal que estemos seguros de no dar tropiezos. Es más, es característico de la cultura el que ella crea sus propios obstáculos; todo lo que creamos se convierte luego en una difícil reducción a materia fluida, susceptible de ser puesta en el proceso de la historia. Es como el amor. Quien ama, limita su capacidad de amor, la concreta. Lo mismo pasa con la historia de la cultura, toda creación es una limitación, toda creación es algo con lo cual tropezamos, algo que tenemos que vencer para seguir la marcha hacia adelante.

La institución del Estado, las leyes, las organizaciones, todo es creación, todo es peso vivo y todo es peso muerto. De aquí que yo quiera llamar la atención sobre lo que puede llamarse ascensión cultural en un sentido puramente racional o en un sentido cualitativo y humano. Hay ascensión cultural de tipo puramente racional cuando se adopta por la ciencia la actitud de considerarse a sí misma aséptica, esto es, indiferente a los valores religiosos; hay puramente ascensión cultural racionalista, cuando no se toma como centro de convergencia de toda la creación del hombre el sentido de lo humano y los valores éticos decisivos en lo humano: la justicia, la libertad. Sólo hay ascensión cualitativa, cuando viene a converger nuestra creación sobre esos dos valores supremos.

Pensad que la ciencia al descubrir el telégrafo o el teléfono descubre un órgano instrumental a través del cual se pueden enviar mensajes de solidaridad que confortan el corazón del que sufre, mensajes de ayuda o de apoyo; o mensajes calumniosos que tratan de minar la significación interna de aquel que los recibe. Pensad que la nueva bomba que se construye puede servir para abatir una montaña y favorecer la posibilidad de crear un pantano que pueda permitir el riego de tierras sedientas y alimentar familias inanes; o bien puede servir para destruir la vida de miles de inocentes. En el primer caso, lo que se llama ciencia y cultura es un proceso humano y ascensional; en el segundo un proceso destructor y demoníaco. Es necesario, pues, que concibamos la vida como un camino sin fin, lleno de posadas para rehacer las fuerzas y continuar adelante. No hay un último paradero. Todo punto de parada es un punto de partida. Siempre hay un más allá o una promesa en el horizonte; pero siempre estamos circundados por el riesgo. Por eso, me parece oportuno, recordar aquella advertencia reiterada de los viejos marinos españoles cuando se encontraban en alta mar y en la lobreguez de la noche marina, el capitán mandaba constantemente decir: ¡Ah, de la proa, alerta buena guardia! Y de todos los puntos de la barca resonaba como un eco la voz de los marineros, que era como la voz de la conciencia del barco; esa voz que yo quiero oír en toda Cuba: ¡ALERTA!

(Tomado del Nº 38-39 de la revista UNIVERSIDAD DE LA HABANA)